

Aki Monogatari
EL SAMURÁI ERRANTE
(Shugyōsha)

Carlos Bassas del Rey


QUATERNI

*Sendai. Era Kan'ei. Año decimoséptimo, siendo emperatriz Meishō.
(1641 según el calendario gregoriano)*

Período Edo.

Mi nombre es Aki Tsunetomo, Maestro de Esgrima e Investigador de Asuntos Especiales del clan Date, de la región de Tohoku, tengo cincuenta años y mi hora de cruzar el Sanzu está cerca.

He seguido el Camino de la Espada que me enseñó mi padre adoptivo, Miyamoto Tsunetomo, antiguo Maestro de Esgrima e Investigador de Asuntos Especiales a las órdenes de nuestro anterior *daimyō* Masamune Date antes que yo, y he servido a todos mis señores con honor, valentía, esfuerzo y dedicación.

Mi padre, un samurái rural menor llamado Oishi Munetomo, murió en combate sin saber que yo iba a llegar a este mundo. Desde que nací, estuve al cuidado de mi maestro, que me entrenó en el Arte de la Espada y otras disciplinas y me educó en la difícil vía de ser un hombre y un buen samurái.

Durante años, Miyamoto, mi inseparable amigo Ichiro y yo recorrimos provincia tras provincia realizando pesquisas para nuestros *daimyō* y para los *shōgun* Hidetada e Iemitsu. La naturaleza de nuestras investigaciones siempre fue secreta. Hoy, en esta noche fría, me decido a tomar el pincel y a dejar constancia

de cada una de las terribles maravillas que tuvimos la condena de presenciar. Y lo hago para honrar su valor y su memoria.

A lo largo de mis aventuras he sido testigo de horrores que jamás creeríais; he contemplado la crueldad más extrema y me he asomado a la noche más profunda en el espíritu de algunos hombres. Pero también he presenciado el mayor de los arrojos y la más increíble de las valentías. Y he aprendido que lo que hace a un hombre ser lo que es no son ni su cuna, ni su adiestramiento, sino su determinación en los momentos más difíciles. No sería justo con todos aquellos que dieron su vida si, llegado mi momento, no diera fiel testimonio de su sacrificio. De modo que todo lo que os voy a relatar a continuación, es cierto.

Absolutamente cierto.

Introducción

Sendai.

*Era Keichō, año decimosexto, siendo Emperador Go-Mizunoo.
(1611 según el calendario gregoriano).*

Período Edo.

En el vigesimoséptimo día del tercer mes, Go-Mizunoo fue coronado nuevo emperador de acuerdo al orden tradicional de sucesión, mientras Hidetada, segundo *shōgun* Tokugawa, sigue liderando estas tierras bajo la estricta vigilancia de su padre, el *Ōgoshō* Ieyasu, verdadero señor de todas las islas.

El nuevo sistema político, con su enorme burocracia, se ha convertido en un dragón de varias cabezas cuyos ojos lo ven todo, cuyas garras y dientes alcanzan cada rincón. El *shogunato* controla el país con mano firme, mientras que los *daimyō* ejercen el gobierno local en sus provincias bajo su atenta vigilancia.

Nadie osa amenazar ya el poder de los Tokugawa.

Las ciudades crecen, y con ellas la riqueza de algunos y la miseria de otros, mientras nuestra clase pierde poco a poco su poder e influencia en favor de burócratas, cortesanos, funcionarios y comerciantes.

Date Masamune, nuestro señor, el Dragón de un solo ojo, *daimyō* de Sendai, goza de buena salud, y nuestro clan sigue siendo uno de los más poderosos del norte.

Por orden del *Ōgoshō*, el señor Date ha comenzado en secreto la construcción de un barco *nanban* diseñado por uno de sus asesores de confianza, Anjin *sama*, responsable de los *shuinsen*, los barcos de sello rojo, para establecer una nueva ruta comercial hacia el este siguiendo la *kuro shio*, la corriente negra.

Pero algo terrible ha detenido los trabajos.

El plan del *Ōgoshō* de establecer relaciones comerciales con el virreinato *nanban* de Nueva España corre peligro.

Si el señor Date fracasa, todo nuestro clan sufrirá las consecuencias.

Capítulo I

El tifón golpeó la tierra furioso.

Arrancó verjas, quebró ramas, dobló troncos, despellejó tejados y paredes y arrastró colérico los jirones; desnudó el mar de gotas saladas y las empujó tierra adentro en violentos enjambres mientras las olas arañaban los acantilados.

Todo se convirtió en barro; las calles, los caminos, los senderos, los campos, las montañas y los páramos. Algunas laderas se desgajaron y los ríos anegaron aldeas recuperando sus cauces robados. Decenas de hombres, mujeres y niños perecieron; también sus animales, y sus aperos, ropas y pertenencias desaparecieron para siempre bajo el lodo.

La vieja Kichi, más acostumbrada que nosotros a la temible fuerza de la naturaleza, había atrancado ventanas y puertas, cerrado el *rōka* alrededor de la casa con tablones de madera y preparado el interior recogiendo los *fusuma* hasta crear un único espacio —a excepción de la habitación de Miyamoto, que continuó separada del resto incluso en aquellas circunstancias—. También había encerrado los muebles y objetos decorativos en los *oshiire* del salón principal para evitar que, en caso de que el enemigo penetrara nuestras defensas, encontrara proyectiles que arrojaros. Pero no pudo evitar que el huerto y sus crisantemos fueran arrancados de raíz.

También el viejo cerezo del maestro se vio zarandeado y una de sus ramas quedó gravemente herida. Por suerte, la extremidad resistió prendida de un rasgón; de lo contrario, podía haber

salido disparada y atravesado las paredes de la casa como un ariete.

A pesar de todo, Kichi lo interpretó como un mal augurio.

La vivienda de los Omura corrió peor suerte.

Buena parte de las tablillas de ciprés del tejado y la estructura de madera que las sustentaba volaron por los aires, permitiendo que la lluvia y el viento penetraran a sus anchas. El taller del padre de Ichiro quedó inundado y muchas de sus telas se echaron a perder.

Era un duro golpe del que les costaría reponerse.

Al menos, ni él ni sus padres habían sufrido ningún daño.

Llegaban noticias de muerte de la costa, de los campos, de los valles...

Todo el *han* de los Date había sufrido bajas.

Pasada la tormenta, un sol pálido asomó por una brecha entre las nubes que aún embozaban el cielo mientras la ciudad despertaba de la pesadilla y sus gentes acudían a los templos con ofrendas para los mismos dioses que habían causado su desgracia.

Los barrios más periféricos, levantados a partir de frágiles chabolas, habían quedado arrasados, en especial los más cercanos al río, que conducía ya sus despojos hacia el mar.

Eran gente sin nada que lo había perdido todo.

El *machi-bugyō* desplegó todas las brigadas de bomberos para derribar las estructuras que amenazaban ruina y evitar que, tras el agua, llegara el fuego. Armados con sus picudos *tobikuchi*, terminaron de echarlas abajo entre las protestas de sus dueños, que no entendían que lo poco que quedaba en pie de sus hogares suponía un peligro para ellos mismos y sus vecinos.

Estalló algún tumulto, rápidamente aplastado por la policía.

Todo el mundo murmuraba lo mismo.

Sendai no era tierra habitual de viento de los dioses, y la temporada de tormentas había llegado a su fin...

Una maldición había caído sobre los Date.

Camino del castillo, Miyamoto y yo nos enfrentamos a la devastación.

La avenida que conducía al monte Aoba estaba cubierta de lo que parecían los restos de un ejército aniquilado. Las copas de alguno de los *zelkovas* recién plantados habían sido descuajadas; incluso podían verse los restos del esqueleto de una pequeña barca arrastrada tierra adentro por la tormenta.

También un cadáver.

Por sus harapos, era un *hinin*.

Su cuerpo yacía sobre el suelo, los brazos y las piernas quebrados, la cabeza abierta, como sus ojos y su boca, y una rama atravesándole el vientre.

Junto a él yacía un perro aplastado por un árbol.

El hombre había tratado de salvarlo, pero había fracasado.

No eran más que dos desheredados.

Dos cadáveres anónimos en medio de la calle.

Miyamoto descendió del caballo y depositó un par de monedas sobre sus ojos aun sabiendo que alguien se apresuraría a robarlas en cuanto nos marcháramos.

«Todo hombre merece un paso digno a la otra vida, da igual su clase», me recordaba siempre.

Cruzamos el puente sobre un Hirose de aguas airadas y comenzamos la ascensión al castillo.

La residencia del *daimyō*, de paredes sólidas y tejados de cerámica, había aguantado la tormenta sin inmutarse. No así su jardín. Decenas de sirvientes se afanaban recogiendo las ramas desperdigadas sobre la grava. La preciosa casa de té, no obstante, no tenía remedio, con la techumbre derramada sobre el suelo, las columnas rotas y las paredes vencidas.

El señor Hasekura nos esperaba en el patio interior.

No le había vuelto a ver desde mi regreso, tras la muerte de Kumico...

Hacía ya varias estaciones.

Tampoco a ella desde nuestra última noche juntos.

Recordé el tacto de su piel muerta y sentí un escalofrío.

Por mucho que supiera que mi actitud era injusta, que Kumico se había quitado la vida por su amor hacia mí, había sido incapaz de soportar su compañía por más tiempo, su mirada muerta, su rostro congelado en la mueca inexpresiva de una *ichimatsu*.

Y la odié por haberse convertido en un fantasma.

Por haber tomado una decisión que la condenaba —que nos condenaba a ambos— sin consultarme.

Por sentir el peso de su acto atroz sobre mi conciencia.

Recordé cómo, al darse cuenta, había dirigido la hoja de mi acero a su cuello... Pero fui incapaz de cortarle la cabeza y acabar con nuestro sufrimiento.

La amaba.

Lo haría hasta el día de mi muerte.

De saber que su hija se había convertido en un *yūrei* por mi culpa, el señor Hasekura me hubiera exigido darle inmediato descanso antes de quitarme él mismo la vida.

Su rostro estaba atribulado.

El señor Date había reunido al Consejo de Ancianos y había reclamado nuestra presencia.

—Es una mala señal. Es una mala señal... —repetía Hasekura mientras nos precedía a la sala de audiencias.

Desde el suicidio de Kumico, veía indicios funestos por todas partes. Parecía la temerosa Kichi, murmurando que los dioses nos habían castigado por algún motivo.

El señor Date ocupaba su puesto sobre la tarima. A su lado, sus dos asesores principales, el señor Katakura y su propio primo, y, junto a ellos, los señores Yukio, Seishi y Natsume, más cerca ya de la otra vida que en esta.

En cuanto Hasekura ocupó su lugar, la temible figura del *daimyō*, que había estado jugando con un hilo desprendido del cuello de su *kimono*, se agitó. Su expresión era más adusta que de costumbre:

—El mundo es cada vez más grande, Miyamoto *san*, y nosotros nos hacemos cada vez más pequeños. Los extranjeros llaman con fuerza a nuestras puertas; eso supone una gran oportunidad de negocio para el *bakufu*, y el señor Ieyasu lo sabe —pronunció. A pesar de que hacía casi dos años que el *shōgun* era Hidetada, todos los *daimyō* sabían que quien gobernaba en la sombra seguía siendo su padre—. Hasta ahora, los *portugueses* han tenido el monopolio del comercio con Japón a través del puerto de Nagasaki. Es un reino

pequeño y lejano, pero controla las principales rutas marítimas hacia el oeste. Hace un año, sin embargo, el *Ōgoshō* conoció que los *holandeses* han instalado una delegación comercial en el reino de Patani y concedió a su vasallo Anjin *sama* un sello rojo para que estableciera relaciones comerciales con ellos. Pero no son los únicos...

Las disquisiciones políticas del señor Ieyasu se me escapaban por completo. Sabía de la existencia del samurái *nanban* y de su estrecha amistad con él, pero nada conocía de los intereses de aquellos lejanos señores a los que se refería el *Ōgoshō*. Seguramente eran los mismos que los suyos.

La codicia es común a todo ser humano, japonés o *nanban*.

Mi mundo se reducía a Sendai y a lo que había visto en nuestros viajes: lo suficiente para saber que se extendía más allá de las montañas, los valles y las llanuras que me rodeaban y del mar que nos circundaba...

Pero poco más.

Tampoco me interesaba.

Lo único que rige la vida de un samurái es la obediencia a su señor. Matar sin juzgar sus motivos. Lo único que sabe todo *bushi* es que, al final del camino, solo le espera la muerte, por acero ajeno o por el propio.

Las clases inferiores envidiaban nuestra posición sin saber que los samuráis como Miyamoto y yo éramos tan esclavos como ellos, especialmente en estos tiempos en los que el verdadero futuro de Japón ya no estaba en nuestras manos, sino en las del campesino, el artesano, el comerciante y el *chonin*.

—En el año de la batalla de Okehazama, un *padre español* descubrió una nueva ruta hacia su reino por el mar del este, siguiendo la corriente del río Negro hacia donde nace el sol —continuó el señor Date—. Según dicen, allí se encuentra la *Nueva España*. El señor Tokugawa desea establecer relaciones con ellos, por eso ha despachado un emisario a Manila para que se entreviste con su *gobernador* y ha ordenado la construcción en secreto de otro barco siguiendo los planos de las *naos* que Anjim *sama* ha diseñado para el general Mukai

en Ito. Una más grande —puntualizó—. El barco más grande que jamás hayan visto estas tierras.

El puerto de Ito estaba situado en la península de Izu, cerca de Edo, y era la sede de la flota del *shōgun*. Hasta donde había logrado entender, el señor Tokugawa había decidido jugar a tres bandas con los señores *nanban* y cubrir todos los posibles frentes en su propio beneficio.

Miyamoto dejó escapar uno de sus gruñidos:

—¿Y qué tiene eso que ver con mi presencia aquí?

—Los *portugueses* tienen espías en las regiones del sur, igual que los *holandeses* —señaló Masamune—, y la lealtad de algunos *daimyō* de la zona aún no es del todo firme. Por eso el señor Ieyasu decidió que lo mejor era construirlo en un puerto apartado de Tohoku, para poder partir hacia esas nuevas tierras con total discreción.

El maestro asintió. Comenzaba a entender la situación. De toda la costa norte, el único puerto con la capacidad suficiente para llevar adelante semejante empresa era el de Shiogama, en nuestros dominios.

El encargo había recaído sobre el señor Date.

Era un honor.

Y una carga.

Pero estaba seguro de que el *daimyō* sabría aprovechar la situación. Todo el mundo conocía sus simpatías por los extranjeros, lo que le había valido el reproche de unos cuantos señores del sur. Estaba claro que su política de mano abierta obedecía más a criterios económicos que culturales o religiosos.

Para muchos, la riqueza es el *kami* más poderoso. El único ante el que se doblegan y al que imploran hasta sangrar. Si el puerto de Shiogama se convertía en un nuevo Nagasaki, el señor Masamune prosperaría hasta límites insospechados.

—Para evitar miradas curiosas, decidimos levantar un dique seco en Tsukinoura, frente a la isla de Koide —continuó el *daimyō*, seguro de que Miyamoto había asumido aquella suposición—. Shiogama está demasiado a la vista.

Tenía todo el sentido.

Tsukinoura era un minúsculo puerto de pescadores situado en un extremo de la bahía de Ishinomaki. Su principal particularidad radicaba en que quedaba oculto a la vista desde Shiogama por la isla de Miyato, y desde la propia Ishinomaki por la de Koide.

Un lugar remoto y protegido, a salvo de miradas curiosas y de tormentas violentas; frente a él, solo un mar libre de piratas y de barcos *portugueses* y *holandeses*. Se trataba, además, de una zona muy boscosa, perfecta para la obtención de la madera necesaria para la construcción de la *nao*.

Miyamoto inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Era su forma de preguntar «¿Y bien?».

—Nada más iniciarse los trabajos, apareció el cadáver de una joven en el bosque cercano al puerto. Según cuentan, alguien lo depositó a los pies de un pequeño templo dedicado a Izanami. Al principio no le dieron importancia, pero acabamos de saber que han aparecido otros dos a lo largo de los últimos días. Los hombres se niegan a seguir trabajando: dicen que una maldición ha caído sobre ellos.

A mi mente acudió de inmediato la imagen de un *kodama*, un espíritu protector que, en ocasiones, podía desatar su furia si alguien cortaba el árbol en el que habitaba. En ese caso, una terrible desgracia caía sobre él y todos los suyos.

—Las órdenes del señor Ieyasu son precisas: debemos terminar el barco antes de las primeras nieves —gruñó el *daimyō*—. Algunos piensan que los dioses nos han castigado enviándonos su furia. Le tienen miedo al viento, como temen al mar embravecido, a la tierra que tiembla, hasta a su propia sombra —añadió desviando la mirada hacia el señor Hasekura—. Quiero que vayas allí y averigües qué sucede. No podemos permitirnos ningún retraso.

Había malestar en su mirada; no por haber contrariado a algún ser del más allá, sino por las consecuencias de no cumplir con la palabra dada al *shōgun*.

—He enviado instrucciones a Fujita Watanabe para que os reciba en su residencia de Ichinomaki y os ayude en lo que necesitéis.

Al regresar, fui a casa de Ichiro para comunicarle que teníamos una nueva misión.

El señor Omura estaba hundido; su rostro contrito, su figura triste, sus ropas empapadas y el pelo revuelto, húmedo y pegado a la cara le daban el aspecto de un loco.

—¡Todo está perdido! —gritaba yendo de un estante a otro.

Uno a uno, tiraba de los rollos de seda para comprobar su estado, y al descubrir la mancha, el desgarró, la suciedad irreversible en la muestra, los arrojaba al *tatami* provocando un estruendo sobrecogedor.

Parecían cuerpos muertos.

—¡Todo está perdido!

La señora Omura, tan vehemente de costumbre, se había recogido en un rincón y sollozaba con cadencia monótona.

Verlos en semejante estado me partió el corazón.

Su negocio había prosperado mucho desde que la madre de Ichiro había obligado a su marido a vestir a las nuevas clases burguesas que, día tras día, engordaban su patrimonio gracias al comercio. Algunas familias samuráis habían aceptado matrimonios con ellos para mantener su estilo de vida, y cada vez era más habitual ver a algunos miembros de las clases bajas asistir a eventos antes reservados a los samuráis.

Pureza de sangre a cambio de riqueza: ese era el trato.

Otros *bushi* de menor rango habían optado por abrir escuelas en las que enseñar artes marciales a profanos que buscaban lograr méritos al servicio de algún poderoso señor.

Futuros *yōjinbō*.

Asesinos a sueldo.

Soldados de fortuna.

Nuestro mundo se deshacía como la nieve con los primeros rayos de la primavera.

Encontré a Ichiro tratando de enderezar un *fusuma* en el que había pintada una garza. Su madre adoraba aquellas aves.

En cuanto advirtió mi presencia, se dio la vuelta y se sacudió las lágrimas.

No eran de tristeza, sino de impotencia.

Y de rabia.

Tenía los músculos de la mandíbula tensos, por lo que supe que apretaba los dientes al modo en el que lo hacía cuando estaba a punto de descargar un golpe. Me fijé en sus nudillos, blancos y con la piel levantada, una gota de sangre seca sobre alguno de ellos.

—¿A qué has venido? —dejó escapar con voz áspera.

—A ver cómo estabas.

—Pues ya lo has visto. No nos queda nada.

No entendí el reproche implícito que escondía su voz.

—Ahora regresaremos al fin al lugar que nos corresponde.

Debió de ver la contracción de mi frente, mi pupila dilatarse, porque enseguida añadió:

—He jugado a ser lo que no era, y los dioses me han castigado. A mí y a mi familia.

—Tus padres son fuertes, saldrán adelante —traté de consolarle.

—No soy más que el hijo de un simple comerciante —replicó—. Era. Ahora no soy nada.

—Eres el vasallo principal del Investigador de Asuntos Especiales del clan —contesté—. Nadie te ha regalado ese privilegio. Te lo has ganado por derecho propio.

Nos miramos largo rato, el tiempo que tardaron su respiración agitada y sus dedos crispados en calmarse. El resto de su cuerpo, sin embargo, permaneció rígido.

—El *daimyō* nos ha encargado una nueva misión —le informé.

—No puedo dejar a mis padres así.

Hasta ese momento no me di cuenta, pero al ver un rayo de sol derramado sobre el *tatami* frente a mí, alcé la vista y reparé en el boquete del techo: si se desataba una nueva tormenta, no quedaría nada de las pocas pertenencias que se habían salvado. Ni de la propia casa.

—¿Qué especie de hombre sería de hacerlo?

Las palabras brotaron de mis labios sin ser convocadas; a fuerza de escucharlas, habían ya germinado en lo más profundo de mí:

—El que ha elegido servir a su señor por encima de todo. Incluso de sí mismo.

—Yo no soy samurái —replicó—. Pareces olvidarlo.

—Has hecho un juramento. Eso ata a un hombre de por vida.

—¿Y quién cuidará de mis padres?

—Pueden quedarse en casa mientras arregláis el tejado —respondí comprometiendo mi palabra y la del maestro.

—Jamás aceptarán.

—El orgullo no conduce a nada —señalé.

Quizás si hablaba con Miyamoto, él pudiera convencerlos.

—Debemos partir hacia Ishinomaki dentro de dos días —dije mientras le daba la espalda. No comprendía su vacilación: le había sido otorgado un privilegio al que muy pocos tenían acceso.

Por el que muchos habrían matado.

El maestro notó mi expresión seria durante la cena. Me había visto regresar de casa de Ichiro contrariado, pero como era costumbre en él, no había dicho nada. Toda su preocupación estaba centrada en el cerezo del jardín. Consciente de que la rama estaba muerta, la había cortado para que la podredumbre del miembro herido no arrastrara consigo al resto del árbol.

—Mañana hablaré con ellos —pronunció.

Y con solo esas cuatro palabras, volteó mi ánimo.

A veces olvidaba que su mente era tan certera como su sable.